

CELCIT. Dramática Latinoamericana 382

EL INFORME DEL DR. KRUPP

PEDRO SEDLINSKY

PERSONAJES: M (3) / F (2)

Krupp
Amelia
Rolando
Miguel
Aurelia

Baúles y cajas cerradas. Una pantalla. Un grabador a cinta. Entra Krupp arrastrando una camilla antigua de metal. Sobre la camilla, un cuerpo tapado con una sábana.

KRUPP:- Informe del Doctor Teodoro Krupp sobre la muerte de la joven Aurelia. Investigación, justicia, y castigo.

Dedicado al Dr. Krupp, padre. Recuerdo de él su voz, como un trueno, resonando entre el techo y las paredes de una habitación. Yo no podía mirarlo. Mis ojos estaban en el piso de madera. Mi cuerpo, apoyado sobre un taburete, temblaba. Su vara brillaba en el aire, lo cortaba como un rayo.

Su vara. Dividiendo al mundo entre los castigados y los absueltos. Yo sostenía con las manos los pliegues de mi ropa, dejando mi piel expuesta al aire frío de esa habitación. Temblaba, mientras esperaba la descarga fulminante que iba a caer sobre mí. El castigo por una falta que yo no había cometido.

Consagro mi informe a su memoria, guía y sostén en el laberinto de mis investigaciones.

(Enciende la luz blanca de un proyector sobre la pantalla. Proyecta imágenes de la vegetación, el río.)

KRUPP:- Este es el lugar donde empezó todo. Este es el río. Yo llegué hasta este lugar después de atravesar el océano, y viajar tres días remontando el río. Yo era el único pasajero, sentado en el extremo de un barco de vapor. Tres días, adentrándome en el silencio del río marrón, a espaldas del barquero que me traía hasta este lugar. Tres días despierto, sin decir una palabra, aferrado a mi valija. Hasta que entre la vegetación apareció este muelle.

(Proyecta imágenes del muelle de madera, los escalones, los clavos en la madera.)

El barquero, sin mirarme, ni decir una palabra, se fue acercando, aminorando la marcha, y sin detenerse, me indicaba que ese era el lugar de mi descenso. Di un paso largo hasta alcanzar el muelle. Sentí crujir de la madera. Tenía la selva enfrente mío y el río a mi espalda.

Apoyé mi valija, y con el ruido del vapor que se alejaba apareció el otro ruido, que me iba a acompañar de día y de noche. Insectos. Los primeros seres en recibirme, en venir hacia mí. Los únicos despiertos a esa hora del sol. Se posaban en mi piel durante el día y lastimaban mis oídos durante la noche. Ellos me buscaban a mí, y yo a ellos.

(Proyecta imágenes de insectos, sobre paneles, pinchados con alfileres.)

Me dediqué a esos insectos desde ese día en que llegué. Los abrí. Los disequé. Los destilé.

Conocí sus glándulas, sus antenas, y sus ojos. Me atreví a clasificarlos. Crear un orden Krupp.

Volví cada mediodía al río a buscarlos, y encontraba otros cada vez. Diferentes especies, diferentes familias. Especímenes que no existían en mi país de origen. Especímenes que no figuraban en ningún libro. Fui al río cada mediodía, para ver con qué nueva criatura iba a sorprenderme, esa inagotable fuente de seres extraños. Un día, a la misma hora del sol, todo parecía igual que siempre. El aire quieto. El agua quieta. El agua era una superficie plana, que los insectos aprovechaban para posarse y descansar, y yo aprovechaba para acercarme y atraparlos.

Me desvestí y colgué mi ropa. Me calcé los guantes, y entré, lento, en el río marrón, como aprendí a hacerlo durante todos estos años, sin agitar la superficie del agua. Avanzaba, con el agua tibia hasta la cintura y hundiendo los pies en el barro, sin poder ver el fondo, ni lo que estaba pasando por debajo de la línea del agua oscura, que parecía calma. Cuando sentí una corriente fría bajo el agua, una turbulencia, y una mano que se aferraba a mi pie, se metía entre mis rodillas, y subía por mi pierna. Perdí el equilibrio. Contuve el aire para no caerme. Y ella, ya estaba emergiendo del agua oscura. Su cuerpo enredado con

el mío, los ojos brillando al sol, y el pelo que se abría como un abanico sobre el agua. Aurelia. Muerta.

(Krupp levanta la sábana, descubre a Aurelia. Aurelia es joven, delgada, de cabellos largos. Está vestida con una chaqueta corta bordada con brillos dorados y rosas, una pollera corta con tablas, brillante, y botas con cordones hasta la pantorrilla. Krupp levanta la cabeza de Aurelia, y suelta su pelo, que cuelga largo, hasta cerca del piso.)

KRUPP:- Así la encontré en el río. Vestida con la ropa que usaba en la compañía del Sr. Eck. Una compañía de cómicos errantes, que habían decidido instalarse en este lugar, y habían construido su teatro en un claro en el medio de la selva. La compañía estaba a cargo de los hermanos Eck, quienes la habían recibido de su padre, el Sr. Eck, quien había partido de este lugar en circunstancias poco claras. (Krupp saca un sobre. Lo abre. Saca un papel doblado.)

Lo que van a escuchar a continuación es el discurso de presentación que Rolando Eck, el hermano mayor, repetía cada noche, antes de empezar la función, valiéndose de este instrumento. (Saca de una caja un megáfono construido con un cono truncado de cartón entelado marrón, con una manija.) Un megáfono rudimentario. Podía decirlo subido sobre el escenario, o parado al lado de la puerta, si los nativos del lugar habían decidido no asistir esa noche, para atraerlos.

(Lee con el megáfono.)

Señoras y señores
esta noche
la compañía del Sr. Eck
los invita a asistir
a una cita con lo inexplicable
con la pasión irrefrenable
la risa incontenible
la compañía del Sr. Eck
desde lugares lejanos
desde el otro lado del océano
desde los desiertos nevados de Cernogratz
por primera vez
en este lugar
Van a ver la magia
mi magia enfrentando
los espíritus de unos lobos
sedientos de sangre
Van a oír
la voz de la pasión
van a ver

sus ojos rojos
van a ver
un corazón ardiente
derretirse en lágrimas oscuras
van a ver a Franz
el muñeco que habla
van a sentir
el filo de su lengua
la acidez de las palabras
destiladas en su cerebro de madera
comido por los insectos
podrido por la humedad
Esta noche van a temblar
a estremecerse
y a reír
reír hasta que los ojos se les den vuelta.

Después de rescatar a Aurelia del río, la llevé a mi laboratorio. Sequé su cuerpo, y me dediqué a estudiarlo. Utilicé los instrumentos que yo mismo había inventado. Carecía en este lugar del instrumental necesario para mis investigaciones, y tuve que crear de cero. Eso era lo que me atraía. Aquí, todo estaba por hacer. Todo por fundar.

(Proyecta planos y dibujos de sus inventos.)

Mis instrumentos. Esta es la doble tapa Krupp. Utilizada diariamente en la caza de especímenes en el río. La doble tapa Krupp me ayudó para que los insectos puedan llegar vivos hasta mi laboratorio, flotando sobre la superficie del agua en los frascos. Saco a presión, con una espátula, la tapa rígida del frasco, y sobre la boca queda firme mi invento. El filtro, que yo preparo con la malla del mosquitero. Luego vacío el agua marrón en la pileta, y obtengo el espécimen para estudiarlo.

Estos son los instrumentos que desarrollé para el estudio de animales superiores, y que utilicé con Aurelia. (Proyecta.)

El aparejo óptico Krupp, para al análisis detallado de un área determinada de piel.

La morsa de apertura Krupp, utilizada para la dilatación de pequeños orificios.

La sonda Krupp, para la extracción de material de adentro de las cavidades.

Después de un análisis minucioso y profundo de su cuerpo encontré algunos indicios que me guiaron en la investigación. Dentro de su estómago encontré restos de una bebida que me resultaba desconocida. Un líquido marrón oscuro,

viscoso. Encontré, adherido a la piel de Aurelia, esto. (Proyecta una foto con pelos de la piel de un animal.) Pelos, de la piel de un animal. Pelos gruesos, duros. Parecían de un animal de alguna zona fría, salvaje. ¿Cómo es que habían quedado adheridos a la piel de Aurelia, estando sumergida en el agua? Descubrí que esos pelos estaban recubiertos de una capa de grasa de animal, que el agua no pudo disolver. Y sobre el cuello de Aurelia encontré estas marcas. (Proyecta marcas moradas de dedos sobre el cuello de Aurelia.) Los dedos que habían apretado su cuello hasta ahogarla. Lo llamativo era la fuerza de esos dedos que habían estado a punto de agujerearle la piel, como una garra. Esa fuerza me sugería que podía haberlo hecho un hombre joven, y que me encontraba frente a un crimen pasional. Aurelia gritaba venganza. Me había elegido a mí, para eso. Al Dr. Krupp. ¿Se pueden desoír los gritos de un muerto? ¿Se puede traicionar a un muerto? ¿Qué efecto puede tener la maldición de un muerto? Quiero dejar testimonio de la totalidad de mi accionar. Dividido en tres partes. La investigación de los hechos, hasta el descubrimiento de la verdad. El acto de justicia. Un hecho inédito en este lugar de la selva. Finaliza el informe con la ejecución del castigo.

Voy a empezar detallando los pasos de mi investigación.

(Proyecta fotos de la fachada del teatro de los Eck, construido con madera en el medio de la selva.) Este es el lugar donde la compañía actuaba. Había sido construido por el Sr. Eck, con la ayuda de un grupo de niños nativos del lugar. Al momento de la muerte de Aurelia, la compañía estaba formada por los hermanos Eck. Rolando Eck, el mayor, quien había quedado a cargo de la compañía, y Miguel Eck el menor, que había quedado a cargo de otros asuntos de su padre, que trataremos con posterioridad. Completaban la compañía dos mujeres, la joven Aurelia, que oficiaba de ayudante en la mayoría de los números, y la no tan joven Amelia. Amelia fue la primer integrante de la compañía del Sr. Eck con la que logré establecer un contacto. Amelia cantaba una canción. Volver, volver.

AMELIA:- (Viste un vestido negro, que le ajusta. Canta frente a un micrófono.)

Este amor apasionado
anda todo alborotado
por volver
voy camino a la locura
y aunque todo me tortura
sé querer
nos dejamos hace tiempo
pero sé llegó el momento
de perder
tú tenías mucha razón
le hago caso al corazón
y me muero por volver.
Y volver, volver, volver

a tus brazos otra vez
llegaré hasta donde estés
y no sé perder, no sé perder
quiero volver, volver, volver.
Nos dejamos hace tiempo
pero me llegó el momento
de perder
tú tenías mucha razón
le hago caso al corazón
y me muero por volver.
Y volver, volver, volver
a tus brazos otra vez
llegaré hasta donde estés
yo sé perder, yo sé perder
quiero volver, volver, volver.

KRUPP:- Amelia fue la primera en abrirme las puertas, y en aportarme datos sobre la compañía. En este caso sobre su llegada a este lugar. Cuando Amelia habla de él, se está refiriendo al Sr. Eck.

AMELIA:- Lo que más me disfrutaba era el viaje.
La lancha.
Navegar de un lugar al otro
el río
el ruido del motor
la vegetación cerrada como una pared
Yo iba con él adelante
sentada en sus rodillas
con una mano acariciaba mi cintura
con la otra mano conducía la lancha
con la misma suavidad.
En el asiento de atrás viajaba Aurelia
sentada en las rodillas de Miguel
el más joven de los hermanos
y en el fondo de la lancha
viajaba Rolando
solo, en silencio
cuidando los baúles
cubiertos con una lona.
Cuando en nuestro último viaje
vi aparecer el muelle de este lugar
entre los árboles
algo me decía que no teníamos que bajar
pero antes de que yo pudiera decir nada
él detuvo la lancha
corrió mi cadera de sus rodillas

y de un salto trepó al muelle.
Subí atrás de él
y escuché el crujido
vi las maderas comidas
los clavos flojos.
El ya se había internado en la selva
dejé de verlo
pero escuché las voces de unos niños
que lo recibían
que lo rodeaban
y ya empezaban a distanciarme de él
cuando me di vuelta
Aurelia y Miguel ya se habían sacado la ropa
y estaban dentro del agua
Rolando bajaba los baúles
Yo estaba sola sobre ese muelle que se movía
sin poder volver a la lancha,
y sin animarme a pisar la tierra
donde iba a quedar prisionera.

KRUPP:- (Proyecta una foto de dos chicos en el río. Un chico y una chica. Tienen el pelo largo, mojado. No se distingue cuál es el varón, y cuál es la mujer.) Esta serie de fotos me fueron cedidas por Amelia, bajo promesa de confidencialidad. Fueron sacadas por el Sr. Eck. Aurelia y Miguel en el agua. (Señala en la foto.) Esta es ella y este es él. Dos chicos, juntos todo el tiempo, sin despegarse uno del otro. Analizando el ángulo que forman sus brazos, podemos inferir, sin equivocarnos, las manos de Aurelia y Miguel unidas, entrelazadas bajo el agua en este punto.

(Señala.)

(Proyecta una foto de Aurelia y Miguel vestidos y maquillados de chinas, el kimono, la cara blanca, y la peluca negra.)

KRUPP:- Participaban como asistentes de Eck en sus números de magia. Un número de baúles y desapariciones. Eck hacía desaparecer a un asistente en un baúl, y lo hacía aparecer en otro. Y el truco eran Aurelia y Miguel, idénticos, cada uno escondido en otro baúl. Una china, Aurelia, se metía dentro del baúl, y Eck se encerraba adentro del baúl con ella. El baúl se sacudía. Salía Eck, y se abrochaba la bragueta. Abría el baúl y la china había desaparecido. Eck la encontraba en el segundo baúl, donde se escondía Miguel. Eck entraba, el baúl se sacudía. Se abrían las puertas y no estaban ni Eck ni la china. Ese era el final de su entrada como mago.

(Proyecta la cara de Miguel en esa foto ampliada.)

Quiero detenerme para observar algo en la piel de Miguel. Tenía la piel de porcelana, como la de una muñeca. Pero una enfermedad infrecuente en los seres humanos, atacó a Miguel después de la muerte de Aurelia, desfigurando su piel. Miguel no dejaba que nadie lo viese, y cubría su cara con una capucha

(Una serie de fotos. Aurelia y Miguel en el agua, besándose. Dos jóvenes. Tocándose. Detalles. Se los ve a través de las hojas.)

KRUPP:- Estas son las últimas fotos de ellos. Fueron sacadas por el Sr. Eck, escondido entre los árboles. Estudiándolas, descubrí que el lugar del río donde ellos se encuentran, es el lugar donde yo me encontré con el cuerpo de Aurelia.

Amelia me detalló, cómo dejaron de ser una compañía de cómicos errantes y se instalaron en este lugar. Vuelvo a remarcar que cuando Amelia dice él, se refiere al Sr. Eck.

AMELIA:- Él empezó a cambiar
desde el momento en que pisó este lugar
se iba solo
se metía en la selva
y se perdía
tardaba horas en volver
hasta que una vez
estuvo dos días sin regresar.
Me despertó en la mitad de la noche
agitado
los ojos enrojecidos
la mirada salvaje de fiebre.
Me hizo salir
en la mitad de la noche
y seguirlo
entramos en la selva
él corría delante mío
hasta que llegamos a un claro
un círculo iluminado por la luna
él se paró en el medio
y me dijo
este es el lugar.
Hizo un ruido con la boca
y delante de él apareció un chico
un nativo
y aparecieron dos más
y detrás mío había otros
se descolgaban de los árboles
no sé cuántos eran
pero iban hacia él

lo rodeaban
y me miraban desafiantes
no entendía qué era lo que estaba pasando
cómo había llegado a ese lugar
ni cómo volver
hubo un silencio
y él gritó al cielo
Acá, acá voy a construir mi teatro
golpeó sus manos
y los chicos empezaron a moverse
como hormigas
a levantar un teatro para él.

KRUPP:- Durante los primeros tiempos de mi estadía en este lugar, no mantuve contacto con los nativos. Tardé en entenderlos, en aceptar sus costumbres. Había una que me perturbaba especialmente. Las reuniones nocturnas en el río. Las celebraban todos los jueves. Esa noche, la gente trababa sus puertas, corrían las cortinas, y dormían. Yo no podía. Ellos pasaban por delante de mi puerta, en su camino al río. Yo los espiaba, sin que me vieran a través de una rendija, en mi persiana. Delante de la fila marchaba un joven, que iba cubierto con la piel de un animal, y después una fila de niños, varones en su totalidad, con los torsos desnudos. Yo registré los sonidos que venían del río. (Pone una cinta con los sonidos registrados en un segundo grabador.) Pasaba toda la noche despierto, mirando los insectos que corrían por la paja del techo, con la pistola apoyada encima de la mesa. (Saca la pistola del bolsillo de su saco. La muestra. La vuelve a guardar.) Esperando. Hasta que en algún momento de la noche, se escuchaban alaridos que venían del río, cada jueves. Me quedaba alerta, hasta que volvían a pasar por mi puerta, primero los niños, y al final el joven vestido con la piel.

(El sonido de los jóvenes en el grabador se corta. Se hace un silencio en la cinta. Se empieza a escuchar la voz de una joven, como un gemido.)

Perdón. (Krupp detiene el grabador.) Continuemos. Amelia me llamó una noche a su camarín, para contarme un hecho que cambió su vida.

(Amelia en el camarín frente a un espejo, detrás de ella, Krupp.)

AMELIA:- El abismo del dolor
la herida que aún me sangra
empezó todo una noche
era ya de madrugada
yo soñaba que caía
y me desperté asustada
pero lo que vi en el cuarto
cualquier sueño superaba
me desperté y me di cuenta

el horror que me rodeaba
yo estaba durmiendo sola
en el borde de la cama
y la cama estaba hecha
las sábanas estiradas
¿cómo pudo haberlo hecho
sin yo enterarme de nada?
Me levanté enloquecida
sin saber lo que pasaba
ni un objeto ni una ropa
ni el olor de él quedaba
todo se había esfumado
como en un acto de magia.
Hasta que vi una señal
la única que él me dejaba
fue cuando miré el espejo
y me encontré la palabra
que él me dejó escrita en negro
y nunca pude borrarla
la leí sobre mi frente
sentí como se grababa
como con hierro caliente
y me dejaba la marca.

KRUPP:- ¿Cuál era esa palabra?

AMELIA:- Adiós. Abrí la puerta y corrí, salí como estaba, corrí descalza, entre los árboles, y llegué hasta el muelle, y llegué hasta el río. Y vi sobre la costa la huella profunda, en el barro, la marca de la lancha que él había empujado hasta devolverla al agua. Apañado por la noche, que lo había tragado como una boca húmeda. Y yo lloraba, yo era una sombra sobre el muelle que temblaba, con las astillas de la madera clavadas en mis pies, y la marca del adiós grabada sobre la frente. ¿Cuánto se puede llorar, doctor?

KRUPP:- No conozco estudios sobre...

AMELIA:- No me importan los estudios, me importa lo que me diga usted.

KRUPP:- No pude responder esa pregunta. Pero me aparecieron otras. ¿Existe relación entre el volumen lagrimal derramado y el grado de dolor? ¿Existen límites para la humillación? ¿O el fondo del pozo es un consuelo, una ilusión del que cae indefinidamente?

El Sr. Eck se fue en su lancha esa madrugada, dejando a la compañía varada. Abandonando, no solo a Amelia, sino a sus hijos, los hermanos Eck. Pero Eck, antes de partir, se había ocupado de ellos, y había escrito esto. (Saca un

cuaderno, lo muestra, lo abre. Lee en la primera página.) Legado del Sr. Eck a sus hijos Rolando y Miguel.

Eck había dejado por escrito en este cuaderno la forma y la manera en que tenían que desarrollarse las cosas en su ausencia, tanto en lo referente al manejo de la compañía, como al de sus vidas privadas. Instrucciones, desde las más triviales, hasta las más íntimas. Algunas cosas incomprensibles, arbitrariedades, que tenían que repetir por el solo hecho de estar escritas. De estar escritas por el Sr. Eck. Había distribuido tareas y pertenencias entre sus dos hijos. El escrito estaba dividido en dos capítulos, el legado de Rolando, y el legado de Miguel. ¿Qué había recibido cada uno? ¿Quién era el nuevo Sr. Eck? Eck había distribuido el favor entre sus dos hijos, de la misma manera en que el Dr. Krupp padre lo había hecho entre mi hermano Fedor y yo, estableciendo cuál era el preferido y cuál el rechazado. Quién era absuelto, y quién castigado.

(Proyecta la foto de un chico rubio, con los ojos grandes claros, el pelo corto, vestido con una camiseta blanca.)

Este es Fedor Krupp. El pequeño Fedor. Era el menor. El cuerpo de Fedor era delgado. Tenía los ojos claros, y los miembros flexibles. Y era liviano, muy liviano. Lo veía trepar una pared como una araña. Pasar por los resquicios más estrechos. Esconderse sin ser encontrado. Mientras que mi cuerpo grueso era difícil de ocultar, no pasaba por las hendijas que Fedor atravesaba, y se quedaba abajo mientras el cuerpo de él se elevaba. Fedor era siempre el responsable de los pequeños crímenes de nuestra niñez. Y yo siempre iba atrás, más pesado, más lento. Nos divertíamos. Hasta que el Dr. Krupp nos llamaba a los dos frente a él, entonces temblábamos, hasta conocer su decisión, su veredicto.

Voy a empezar con el primer capítulo del cuaderno. El legado de Rolando Eck.

Rolando había recibido el manejo de la compañía. Había quedado a cargo del lugar, de los elementos, y de los números, que Eck había dejado detallado, paso por paso, palabra por palabra.

Vamos a ver ahora a Rolando, en el final de un largo monólogo pretendidamente cómico, que repetía de memoria cada noche.

ROLANDO:- (Sentado en una banqueta alta.) Me quedé solo en esa esquina helada Escuchando los ruidos de mi panza vacía (hace los ruidos con la boca.)
frío como el culo de una oveja
sin una grúshina en el bolsillo
y boqueando como Smerdiákov
después de un ataque cerebral.

KRUPP:- Este era Rolando. No sabía que era una grúshina, ni quién era Smerdiákov, y prácticamente no había tenido contacto con ninguna oveja, pero

él cumplía al pie de la letra con lo que había quedado escrito. Rolando nunca quiso recibirme. No pude mantener una entrevista con él hasta el final de la investigación. La forma que encontré, para encontrarme con él cara a cara, fue en un número de magia, como voluntario.

(Una mesa, una galera. Rolando hace un pase con una varita sobre la galera. Mete la mano. Saca un conejo con un moño rojo en el cuello.)

ROLANDO:- Un conejo. A ver. Ahora (Hace otro pase.), otro conejo. (Mete la mano en la galera, saca la mano vacía.) Otra vez. (Hace el pase.) Otro conejo. (Mete la mano, no saca nada.) No.

(Golpea la galera con la vara.) Ahora sí. (Mete la mano, no saca nada.) Acá hay un problema. Algo pasa. A ver. (Sienta al conejo que sacó en el borde de la galera. El conejo es tragado por la galera.) Tenía razón. Esto no me gusta. (Mete la mano, busca el conejo. Saca de la galera un pedazo de piel del conejo, y el moño rojo.) Son ellos, y están acá, de vuelta. Los lobos. Voy a necesitar un voluntario del público. Pero antes de que alguien suba, quiero advertir que el voluntario tiene que reunir una condición. Tiene que ser valiente.

Sube Krupp.

ROLANDO:- ¿Usted es valiente?

KRUPP:- Sí.

ROLANDO:- ¿Usted cree en las maldiciones de los muertos?

KRUPP.- No.

ROLANDO:- Hoy va a empezar a creer. Usted no los ve, pero este escenario está tomado por los espíritus. Por los espíritus de los lobos de Cernogratz. ¿Conoce usted Cernogratz?

KRUPP:- No.

ROLANDO:- Cernogratz es la región de donde yo provengo. Un lugar de nieve, de pueblos chicos perdidos en la estepa, alejados unos de otros. Yo recorría esos pueblos, con mi carromato, y con mis números. Tenía que atravesar el desierto helado, eran muchas horas de viaje, y yo trataba siempre de evitar la noche. Pero un día, en el camino se desató una tormenta de nieve, y tenía que avanzar muy lento, y las horas pasaban, hasta que la noche me cayó encima. Y el frío. Un frío como nunca lo había sentido antes. Me di cuenta de que el abrigo que llevaba conmigo, no me iba a permitir atravesar esa noche vivo. Bajé del carromato para intentar hacer fuego, cuando vi algo negro que se movía en lo oscuro, y venía hacia mí. Vi ojos brillando en la oscuridad. Lobos. No eran dos, ni

cinco, no podía contarlos. Me rodearon con sus gruñidos, las encías rojas, los dientes blancos. Los tenía encima. Cuando me acordé de un cuchillo que llevaba dentro del saco. Apreté el cuchillo, vi un pecho blanco, y corté. Saltó sangre, y hubo un segundo de silencio. Se enfurecieron. Vi fuego en unos ojos, y fui directo a esos ojos. Giraba, y cada movimiento de mi brazo era un pecho abierto, una garganta, un cuello. Había desatado una espiral de muerte y no me podía detener. Era lobo contra lobo, y el lobo más fuerte, gana. No podía quedar uno. Cuando terminé, solté el cuchillo, que se clavó en la nieve. Vi lo que había hecho, la sangre que avanzaba en la nieve. Estaba transpirado. Entonces volvió el frío, pero peor que antes. Sentí que mis piernas se endurecían. Y vi los lobos sobre la nieve, vi sus pieles. Agarré mi cuchillo, y volví sobre ellos. Arranqué las pieles de sus cuerpos, todavía calientes, y con mis dedos endurecidos cosí una gran piel, que me salvó esa noche de morir congelado. Debo mi vida a los lobos de Cernogratz. Pero ellos nunca me lo perdonaron, y vuelven, sus espíritus vuelven. Se entrometen en mis números, arruinan mis actos. Aparecen en el momento que uno menos lo espera, para hacer saltar todo por el aire. Nosotros tenemos que hacer algo para alejarlos, doctor. Yo voy a buscar algo que nos pueda servir, usted vigile la galera.

(Rolando abre una valija. Krupp se queda al lado de la mesa, se asoma para mirar dentro de la galera. De la galera sale una garra de lobo que se detiene a centímetros de la cara de Krupp. La garra se vuelve a meter en la galera.)

ROLANDO:- ¿Qué pasó? ¿Vio algo?

KRUPP:- Sí. Una garra de lobo

ROLANDO:- Están ahí. Vamos, doctor, meta la mano.

KRUPP.- ¿En la galera?

ROLANDO:- Usted dijo que no creía en las maldiciones de los muertos.

KRUPP:- Sí.

ROLANDO:- Y que era valiente.

KRUPP:- Lo voy a hacer.

ROLANDO:- Arremánguese.

Krupp se arremanga.

ROLANDO:- Con cuidado.

Krupp mete la mano en la galera. Se escucha un ruido metálico. Krupp contiene un grito.

ROLANDO:- ¿Qué pasó?

Krupp saca la mano de la galera. Tiene la mano atrapada por una trampa de lobo.

KRUPP:- Sáqueme esto.

ROLANDO:- ¿Se lastimó?

KRUPP:- Me aprieta. Sáquemelo.

ROLANDO:- (Intenta abrirla.) Está trabado. A ver, cómo vamos a hacer. Tenemos que ahuyentarlos lo antes posible. ¿Sabe qué es lo que quieren? Sangre. A ver, ¿qué tenemos? Agua. (Saca una jarra y un vaso. Sirve agua en el vaso.) Vamos a usar esto. (Saca un pañuelo rojo de su bolsillo. Cubre el vaso.) Hay unas palabras, doctor, que hay que repetir. (Mirando el vaso.) Lupus Cernogratis lupus. (Descubre el vaso. El líquido cambió de color a rojo.) Sangre. Permítame. (Vierte la sangre dentro de la galera.) Pruebe ahora. (Krupp intenta abrir la trampa, no puede. Rolando intenta y tampoco la abre.) Vamos a repetir las palabras mágicas.

KRUPP:- ¿Yo también?

ROLANDO:- Repita conmigo.

ROLANDO y KRUPP:- Lupus Cernogratis Lupus.

(Se hace un silencio. Se escucha un eructo de lobo.)

ROLANDO:- Están satisfechos. (Agarra la trampa, la abre, se la saca a Krupp.) Ahora sí. (Mete la trampa en la galera. Golpea con la varita. Muestra la galera vacía.) Se fueron. No hay lobos, no hay trampas, por un tiempo, doctor. Puede bajarse.

KRUPP:- Este número, que repetía textualmente, había sido creado por el Sr. Eck. Quedé atrapado por la historia que Eck contaba. Su enfrentamiento con los lobos, la orgía de sangre, la piel; y Cernogratz, la región de donde Eck realmente provenía. ¿Qué había de cierto en esa historia? ¿Por qué Eck iba a inventar una historia del estilo? ¿Y si Eck hubiera cruzado el océano, intentando escapar de esos espíritus que lo acosaban, que interrumpían sus números, y se hubiera dado cuenta de que ellos viajaban con él? Soñé con esa piel. La piel, todavía caliente, de sus víctimas, que él había usado para salvar su propia vida. Empecé

a pensar que esa piel debía existir, y de existir debía estar cerca, e iba a ser un elemento crucial para la investigación del crimen de Aurelia. Amelia me llamó a su camarín, y me detalló otros aspectos del legado del Sr. Eck a Rolando.

Amelia en el camarín frente al espejo.

AMELIA:- Había un momento de la noche
que era el más esperado por todos
el número de Franz
cuando él exhibía ese don
el prodigio de su voz.
El público estaba ansioso en sus sillas
y yo estaba en el camarín
recién peinada
sentada frente al espejo
cuando escuchaba el ruido de mi puerta
y sus pasos
y veía sus ojos aparecer en el espejo
en el mismo lugar donde está usted ahora.
No, no se mueva.
Cada noche antes del número de Franz
sus ojos se clavaban en los míos
apoyaba su mano en mi hombro
subía por mi cuello
enredaba sus dedos en mi pelo, en mi nuca
y con esa mano me levantaba de la silla
yo me apoyaba con las manos sobre la mesa
la cara pegada al espejo
que se empañaba con mi respiración
entonces cerraba los ojos
y me entregaba a sus manos
que acomodaban mi vestido
manejaba mi cuerpo
con sus manos que sabía dejar quietas
en una caricia inmóvil
los dos frente al espejo
sin mirarnos
yo con los ojos cerrados
y él con los ojos en blanco.
Al final me mordía un hombro y decía
ahora me voy a hacer hablar al muñeco.
La noche después de su partida
hacíamos nuestra función
como él lo había escrito
y al llegar ese momento

yo estaba igual
recién peinada
sentada frente al espejo
mis ojos empezaron a llenarse de lágrimas
cuando escuché el ruido de mi puerta
y pasos
mi corazón se detuvo
y sentí una mano sobre mi hombro.
Una mano fría.
Abrí los ojos
y vi en mi espejo a Rolando
era la primera vez que lo veía con la ropa del padre
el smoking, el moño
volví a cerrarlos
su mano subía por mi cuello hasta mi nuca
me levantó de la nuca
me tiraba del pelo
mi cara sobre el espejo
y después lo mismo pero rápido
y con las manos frías.
Al final sacó un cuaderno de su bolsillo
y me leyó al oído
como si fuera el inciso de una ley
mi situación
yo había quedado a partir de ese día
en los brazos de Rolando Eck.
Estaba escrito.
Abrí los ojos y lo vi salir
con la mirada baja
para hacer el número de Franz.

Lo que sigue es el número central del espectáculo. El número de Franz. Para hacer este número era necesario tener un don. La voz, que insuflaba vida en un objeto inerte, hecho con madera y papel. Rolando llevaba adelante el número de Franz, pero, ¿Rolando había heredado la voz de Franz de su padre? Vamos a ver un fragmento del número.

Rolando sentado, Franz en su rodilla. Al costado la valija donde guarda a Franz.

ROLANDO:- A ver, Franz.

Franz se queda dormido. Ronca.

ROLANDO:- ¡Franz!

FRANZ:- (Se despierta.) ¿Eh?

ROLANDO:- ¿Qué le pasa?

FRANZ:- ¿A mí? (Se vuelve a dormir.)

ROLANDO:- (Sacude a Franz.) Despiértese.

FRANZ:- Hoy no dormí ni un minuto.

ROLANDO:- ¿Qué le pasó?

FRANZ:- Estuve desarrollando facultades.

ROLANDO:- ¿Ah, sí?

FRANZ:- Desarrollé dos.

ROLANDO:- Bastante bien.

FRANZ:- Puedo leer la mente.

ROLANDO:- ¿Cómo hizo?

FRANZ:- Estuve toda la noche en mi baúl, con los ojos abiertos, concentrándome. Hasta que mi cuerpo comenzó temblar, y mi cabeza a crujir. En ese momento entré en la mente de otro. Cerré los ojos.

ROLANDO:- ¿Qué va a hacer?

FRANZ:- Tengo que practicar.

ROLANDO:- ¿Justo ahora?

FRANZ:- No tengas miedo.

ROLANDO:- Está bien. (Cierra los ojos.)

FRANZ:- Me voy a concentrar. (Se acerca a Rolando. Tiembla. Se escucha el crujido de su cerebro de madera.)

FRANZ:- Estás pensando en tu secretaria.

ROLANDO:- Sí.

(Franz se vuelve a sentar en la rodilla de Rolando. Se queda en silencio.)

ROLANDO:- (Abre los ojos.) ¿Y?

FRANZ:- Sos un asqueroso. No puedo contar nada de lo que leí.

ROLANDO:- ¿Y su mente, Franz?

FRANZ:- Tiene tantas vueltas como las vetas de la madera.

ROLANDO:- ¿Y en el centro qué hay?

FRANZ:- Tu secretaria, también.

ROLANDO:- Termínela con mi secretaria. ¿Qué le vio?

FRANZ:- Nada le vi, eso es lo que pasa. Esa pollerita que usa. Le escribí una poesía.

ROLANDO:- También escribe.

FRANZ:- Hongos sobre mí.

ROLANDO:- ¿Sobre usted?

FRANZ:- Así se llama ¿Se la leo? (Saca un papel del bolsillo. Lee) Hongos sobre mí.
Durante las noches de calor y espera
yaciendo en la oscura humedad de mi cajón
acude a mi mente tu imagen Aurelia
y en el mismo instante de tu aparición
siento como algo en mi cuerpo despierta
y me cubre entero la transpiración
muy rápidamente todo se calienta
y siento en la oscura humedad de mi cajón
que brotan los hongos en mi piel madera
cubriendo mis miembros de gran picazón
y soy como un dedo adentro de una media
y soy como un huevo guardado en un calzón.

ROLANDO:- (Le tapa la boca sobre el último verso.) ¡Franz!

FRANZ:- ¿No te gustó?

ROLANDO:- Hablemos de otra cosa.

FRANZ:- ¿De qué querés hablar?

ROLANDO:- Me dijo que desarrolló dos facultades.

FRANZ:- Sí. También puedo mover objetos.

ROLANDO:- ¿Cómo es eso?

FRANZ:- A la distancia.

ROLANDO:- ¿Y en qué pensó? ¿En qué tipo de objetos?

FRANZ:- Pensé en tu secretaria. En esa pollerita que usa.

ROLANDO:- Lo guardo en el cajón.

FRANZ:- No, llámala.

ROLANDO:- No la voy a llamar.

FRANZ:- ¡Secretaria!

(Entra Aurelia en la camilla, empujada por Krupp. Vestida con la ropa de secretaria, sin la sábana que la cubría.)

FRANZ:- Mirá como se vino.

ROLANDO:- ¿Qué tiene?

FRANZ:- Esa pollerita que usa. (Se para.)

ROLANDO:- (Lo detiene.) ¿Adónde va? Quédese quieto.

FRANZ:- No puedo.

ROLANDO:- (Le toca la frente.) Franz.

FRANZ:- ¿Qué?

ROLANDO:- Está hirviendo.

FRANZ:- Me estoy prendiendo fuego.

ROLANDO:- Un paño frío. Permítame. (Le saca a Franz el pañuelo del bolsillo de adelante del saco.) Señorita, por favor.

FRANZ:- Se lo doy yo.

ROLANDO:- Tome.

(Rolando le pone el pañuelo en la mano a Franz. Maneja la mano de Franz. Krupp maneja la mano de Aurelia. La mano de Franz le pasa el pañuelo a la mano de Aurelia.)

ROLANDO:- Mójelo en agua.

FRANZ:- Sí, mójelo.

(Krupp saca una palangana metálica con agua de debajo de la camilla. Maneja la mano de Aurelia para mojar el pañuelo en el agua.)

KRUPP:- Aurelia se agachaba. (Mueve el cuerpo de Aurelia, la deja boca abajo.)

FRANZ:- ¿Ves eso? Me voy a concentrar.

ROLANDO:- ¿Qué va a hacer?

FRANZ:- Voy a mover objetos.

Franz tiembla. Se oye el crujido de la madera. Krupp levanta lentamente la pollera de Aurelia.

ROLANDO:- ¡Franz! Pare, Franz. ¡Franz! (Agarra la palangana, sumerge la cabeza de Franz en el agua.)

FRANZ:- ¡Ay! ¡Socorro, señorita! (Saca la cabeza del agua.) ¡Me quiere matar!

ROLANDO:- ¿Cómo voy matar algo que no está vivo? Al cajón.

FRANZ:- Aunque nos maten, no nos morimos.

ROLANDO:- Se pudren. (Lo guarda.)

FRANZ:- Vos te vas a pudrir antes que yo.

(Rolando cierra la tapa de la valija. La cierra con llave.)

KRUPP:- Franz era, por lejos, el más popular de los integrantes de la compañía. Su relación con los nativos del lugar, comenzó en el mismo instante en que el Sr. Eck desembarcó de su lancha y pisaba la selva. Todo estaba en silencio, y Eck se detuvo a mirar la altura de los árboles. Cuando escuchó un ruido de hojas, y los vio aparecer. Niños, escondidos en las ramas, que bajaban, se descolgaban a los gritos, y saltaban adonde estaba Eck. Montones, que lo rodeaban, tironeaban de su ropa, intentaban agarrarlo. Como si hubiesen estado esperando que alguien bajara en ese muelle de espanto, y se animara a entrar en su selva. Eck se dio cuenta de que ese podía ser el último destino de su viaje. Se vio muerto,

desmembrado, cocinado en un caldero. Y entonces, Eck tuvo un rapto de iluminación. Abrió su valija, y de la valija sacó a Franz. Y Franz les habló.

Quedaron duros, observando ese objeto que les hablaba. Franz levantó la voz, y los niños retrocedieron, sin dejar de mirarlo. Formaron un círculo alrededor de Eck, para escuchar a Franz. Eck había logrado fascinarlos con ese muñeco, con esa voz. En ese momento Eck estableció su relación con los niños. Ellos iban a hacer lo que Franz les pidiera, y Eck iba lograr de esa manera el favor de esos niños y niñas. Pero lo más importante, sucedió al finalizar ese primer encuentro.

Los niños se miraron entre sí, asintieron, y un grupo de ellos salió corriendo y se internó en la selva. A los pocos minutos, volvieron, traían en las manos unas hojas grandes que usaban como bandejas, y sobre las hojas traían unos frutos oscuros que ofrendaron a Eck y a Franz. Eran hongos. Eck los probó ese día, por primera vez. Eck descubrió que esos hongos eran lo más preciado que escondía la selva, y que sólo esos niños sabían cómo encontrarlos. Eck empleó a esos niños, con Franz de por medio, como los buscadores de esas perlas ocultas en el fondo de la selva. Utilizando los hongos como materia prima, Eck, iba destilar una bebida, que le dio en llamar, el elixir del Sr. Eck. Esta bebida fue una de las claves de la investigación.

(Saca el cuaderno del legado.) Voy a entrar ahora en la segunda parte del legado.

(Abre el cuaderno. Lee.) Legado a mi hijo Miguel Eck. El primer capítulo, el dedicado a Rolando, era claro, explícito. El padre, le decía al hijo que era lo que él tenía que hacer. Sin margen para el error o la duda. Lo que encontré en la segunda parte era distinto, y me daba cierto temor. Entraba en un mundo más oscuro, que no podía descifrar. Páginas de palabras sueltas, dibujos de fragmentos anatómicos, círculos concéntricos, espirales, listados de números, listados de intervalos de tiempo. Había ahí algo monstruoso, que me llevaba a la reunión de los jueves en el río, a la piel de los lobos, a la enfermedad de Miguel. Y al crimen. Miguel se había encerrado en una habitación estrecha como un armario, que era su camarín. Se había cubierto la cara con una capucha, a causa de la enfermedad que le afectaba la piel. Miguel no quería ver a nadie, ni ser visto. Yo le mandé una carta por intermedio de Amelia, en la cual me ofrecía como médico, para ayudar a aliviarlo de los trastornos producidos por la enfermedad. Miguel no tardó en contestarme.

Me concedió una entrevista muy breve en su camarín.

(El camarín de Miguel. Un lugar estrecho, con armarios y cajoneras. Miguel está sentado en una silla de madera y paja, con apoyabrazos. Tiene las manos atadas a la silla. Tiene una camisa arremangada, y una capucha de tela marrón que le cubre la cabeza. Transpira, tiene la piel colorada, caliente, y los brazos lastimados de rascarse. Krupp lleva un maletín.)

KRUPP:- (Anota en una ficha.) ¿Nombre?

MIGUEL:- Miguel Eck.

KRUPP:- ¿Edad?

MIGUEL:- 19.

KRUPP:- ¿Peso?

MIGUEL:- No sé.

KRUPP:-¿Altura?

MIGUEL.- No sé.

KRUPP.- Lo voy a tener que revisar.

MIGUEL:- (Tironea de las ataduras) No se acerque.

KRUPP:- ¿Por qué lo ataron?

MIGUEL:- Porque me rasco.

KRUPP.- ¿Qué siente?

MIGUEL:- Calor.

KRUPP:- ¿Qué más?

MIGUEL:- Picazón.

KRUPP:- ¿Qué más?

MIGUEL:- Siento como caminan, como avanzan, como cavan túneles por debajo de mi piel.

KRUPP:- ¿Quiénes?

MIGUEL:- Usted tiene que decirlo. No lo soporto. (Tironea.)

KRUPP:- ¿Cómo duerme?

MIGUEL:- Atado. Para no lastimarme más. Me desatan solamente para cepillar a Franz. Sueño lo mismo todas las noches. Bultos negros que flotan sobre un fondo negro. Y una voz.

KRUPP:- ¿Qué dice?

MIGUEL:- Vuelvo.

KRUUPP:- ¿Qué más?

MIGUEL:- Vuelvo.

KRUPP:- Tenía que tomar unas muestras para analizarlas. No me dejó que lo tocara. Le prometí la preparación de un ungüento para ayudarle a aliviar sus síntomas. Conseguí hacerle un hisopado, por debajo de la capucha, de la piel de su cara, que había sido devastada por la enfermedad, y por los dedos de Miguel. Guardé las muestras en estos frascos (Saca del maletín unos frascos chicos.), y los llevé a mi laboratorio, donde hice un cultivo para determinar cuál era la enfermedad que aquejaba a Miguel.

(Proyecta fotos. Se ve a Rolando y Miguel en el escenario, vestidos de payasos, con sacos a cuadros, y las caras pintadas. Rolando al frente, hablando por el micrófono, Miguel al fondo, sentado frente a una mesa. De debajo de la mesa sale una mano con una jarra llena de agua.)

KRUPP:- Estas son las únicas fotos de Miguel actuando, antes de la enfermedad. Observen la belleza de su cara, los rasgos, la piel. No quedaba nada de eso. Este es el número de los payasos y el agua. Vemos a Rolando al frente, y esta es Aurelia (Señala la mano que sirve la jarra.) Su mano era lo único que aparecía. (Saca un vaso.) Miguel debía tomarse, con este vaso, el contenido entero de esta jarra, en el tiempo que duraba el monólogo de Rolando. Al terminarse el agua, aparecía de abajo de la mesa la mano de Aurelia, que se llevaba la jarra vacía, e inmediatamente apoyaba sobre la mesa otra jarra idéntica, llena de agua. Rolando, se daba vuelta, y al ver la jarra llena, llamaba a Miguel. Miguel se acercaba, y recibía de Rolando una sonora cachetada, que lo hacía girar sobre su eje. Se repetía lo anterior, monólogo, jarra, reemplazo de jarras, llamado de Rolando, cachetada y giro. Todo se repetía una tercera vez, pero con una variación, después de la última jarra, Miguel iba hacia a Rolando, y en el momento de la cachetada, se agachaba, esquivándola, lo que hacía caer a Rolando al suelo, y finalizar el número.

El pobre Miguel recibía cuatro litros y medio de agua de su querida Aurelia, y dos cachetadas de su hermano Rolando. Algo significativo sucedió, en este número, pocos días antes de la muerte de Aurelia. Miguel había tomado la primer jarra, y recibido la primer cachetada. Se disponía, confiado, a tomar la segunda jarra que Aurelia le había puesto sobre la mesa. Se sirvió el primer vaso, cuando miró el agua que él tenía que tomarse. No era como otras veces. Era un agua turbia, marrón, la que Aurelia le había servido. Miguel no entendía qué era lo que estaba pasando. Dudaba. ¿Podía no tomarse ese agua, detener ese número? Justo en ese momento, Rolando se dio vuelta, sonriente, desafiante. Los dos hermanos se

miraron. ¿Cómo sabía Rolando lo que estaba pasando? ¿Se había puesto de acuerdo con Aurelia? ¿Habían tramado este hecho, juntos?

Miguel, sin dejar de mirar a su hermano se tomó ese vaso, y los que le seguían, hasta terminarse el agua. Yo estaba frente a dos hermanos. Dos hermanos que se disputaban el favor de un tercero, que era el que decidía. Yo conocía bien esa situación.

Amelia me invitó a su camarín. Dijo que tenía algo que confesarme.

(Camarín de Amelia.)

AMELIA:- (Sentada frente al espejo.) Quería contarle algo. Venga. (Le señala una silla.) Acérquese. (Krupp se sienta al lado de Amelia) Míreme. (Krupp mira a Amelia a los ojos.) No tenga miedo, doctor. No conmigo.

KRUPP:- No tengo miedo.

AMELIA:- Doctor, acá se respira el miedo.

Como caminar solo por la selva
en el silencio húmedo
sin saber dónde pisar
dónde está el pozo oscuro
dónde está el animal escondido
sin saber qué puede haber detrás
de una puerta cerrada.

Tenga miedo, Doctor Krupp.

Yo abrí una puerta
y hubiera rogado
que un ser piadoso
detenga mi mano
o ciegue mis ojos.

Salía de cantar mi canción
había llorado

tenía que ir en mi camarín
pero me detuve
en la puerta equivocada
la del camarín de Rolando.

La abrí.

En el espejo vi una luz
a Rolando con los ojos cerrados
y una mancha que empañaba el espejo
la mano de Rolando sujetaba una nuca
y sus dedos tironeaban de ese pelo
tardé en ubicarme
no era yo

yo miraba
no era mi nuca
ni mi cara la que se apretaba contra el espejo
era Aurelia
eran su nariz y su boca
las que escupían ese vapor caliente
sobre el espejo
y el aire que a mí me faltaba
ensanchaba el pecho de Aurelia
su pecho desabotonado
joven
Yo estaba en el vano de la puerta
mirando
y ellos no se habían percatado
yo era invisible
no tenía aire para gritar
ni palabra para decir
lo único que pude fue aclarar mi garganta
Rolando se detuvo
abrió los ojos
y como siempre bajó la mirada
quiso dar un paso atrás
Aurelia con una mano desempañó el espejo
y me miró
mientras con la otra mano sujetaba la pierna de Rolando
para que no se moviera de donde estaba
Nos miramos los tres a través del espejo
sin decir una palabra
hasta que Aurelia
miró a Rolando y le dijo
cerrá esa puerta
Rolando cerró la puerta
hundiéndome en el abismo de la traición
el desprecio
y el castigo.

KRUPP:- Volví a escuchar la canción de Amelia. (Pone en el grabador Volver, volver.) Amelia volvía a ser despreciada. Perdía el favor. Había alguien que elegía, y elegía a otra persona. Como pasaba con mi padre, cuando nos llamaba a mi hermano Fedor y a mí, ante él, después de haber cometido una falta. Se detenía primero en Fedor, en esos ojos de agua, y le pedía que se fuera. Entonces llegaba mi turno. Me miraba en silencio. Cualquier prueba de mi inocencia, era destruida por la mirada de mi padre. A la sala, decía. Era una habitación de paredes altas, cortinas pesadas, y molduras en el techo. Yo tenía que agarrar un taburete rojo, y ubicarlo en el centro de la habitación. Dejar mis nalgas al descubierto, y acostarme sobre el taburete boca abajo. El aire que

corría enfriaba mi piel. Yo miraba la madera lustrada del piso y escuchaba el sonido de un reloj. Se abría la puerta y entraba él. Sacaba de un cajón la vara, la hacía sonar. Cortaba el aire. Ese sonido, que guardo. Caminaba hacia mí, y otra vez la vara que dividía al mundo. Su voz de trueno. La tormenta que él hacía estallar sobre mi piel. Yo cerraba los ojos, y veía a Fedor oculto en algún pasillo del laberinto que era mi casa. Soñando los futuros crímenes, que yo iba a pagar con mi piel. En mi laboratorio leí los resultados de los estudios sobre la enfermedad de Miguel. La enfermedad era causada por un parásito, que ingresaba haciendo un pequeño orificio en la piel, y se alojaba en las capas profundas de la piel, alimentándose de tejidos y sangre del enfermo. Este es el responsable. (Proyecta la foto de un parásito.) Su nombre es *Ascaris Cernogratii*. Lo sorprendente del hallazgo de esta enfermedad, es que no es una enfermedad de los seres humanos. Se registraron casos solamente en zonas muy frías, y solamente en lobos. Una vez ingresado en el organismo, el parásito avanza, cavando túneles por debajo de la piel. Va trazando un recorrido irregular (Proyecta un dibujo del trazado.), una especie de laberinto, donde los túneles se cruzan. (Señala los cruces.) Y es en ese punto, donde el *Ascaris Cernogratii* deposita sus huevos. Esos son los puntos donde la picazón del enfermo es insoportable. Miguel no podía parar de rascarse hasta hacerse sangrar, hasta llagarse la piel. Miguel tenía una fuerza excesiva en sus dedos, había llegado a agujerarse la piel de la cara, a deformarla hasta convertirla en algo monstruoso. (Proyecta fotos de las llagas de Miguel.)

Esa noche abrí las puertas de mis armarios, donde guardo el fruto de todos estos años de trabajo. Mis frascos. Acomodados en filas, una al lado de la otra, llenando cada estante. De cada planta, de cada insecto, sus hojas, sus órganos, sus extractos, sus agujones, sus venenos. Separados, clasificados, etiquetados. Mis frascos, como una multitud formando filas, un ejército que gritaba mi nombre. Encendí el fuego. Mezclé, fundí, destilé. Pasé toda la noche destilando, viendo como lo sutil se elevaba, dejando abajo a lo oscuro. Purificando con fuego. Hasta obtener la pureza máxima. El opus. Con eso preparé el ungüento para Miguel. El ungüento Krupp.

Volví a entrevistarme con Miguel, en medio de una función, para informarle sobre su cuadro. Un cuadro novedoso, por ser el primer caso en que este parásito se presentaba en seres humanos. Esto, sumado a los trastornos del sueño, sufridos por Miguel, completaban un nuevo síndrome, al que di en llamar Síndrome Krupp.

(Camarín de Miguel. Miguel en su silla, con las manos atadas y la cabeza cubierta.)

KRUPP:- (Saca el frasco de ungüento del maletín.) Le preparé esto.

MIGUEL.- Déjemelo ver.

KRUPP:- Quería hacerle antes unas preguntas.

MIGUEL:- Tenemos muy poco tiempo, doctor.

KRUPP:- Sobre su enfermedad. Es una enfermedad contagiada por lobos.

MIGUEL:- ¿Qué está buscando?

KRUPP:- Busco una piel. Cosida con las pieles de una manada de lobos.

MIGUEL.- Acá no hay nada de eso. (Se escucha una música.) Se acabó el tiempo. Ya empezó.

(Entra Rolando, con el baúl de Franz en la mano.)

ROLANDO:- (A Krupp.) ¿Qué hace acá?

MIGUEL.- Yo lo llamé.

ROLANDO:- (A Krupp.) Este no es su lugar. Acá tenemos cosas que hacer. En un tiempo muy preciso. (Apoya el baúl en el suelo. Lo abre. Saca a Franz. Lo sienta en las rodillas de Miguel. Le desata a Miguel una mano.) Tiene que preparar a Franz para el número. Y usted lo distrae.

KRUPP:- Quiero hablar con usted.

ROLANDO:- ¿Hablar? Usted tiene que devolvernos lo que es nuestro.

KRUPP:- ¿A qué se refiere?

ROLANDO:- A Aurelia. Usted no tiene ningún derecho sobre ese cuerpo.

KRUPP:- Alguno de ustedes ahogó a Aurelia en el río, y yo la rescaté.

ROLANDO:- Salga de acá.

MIGUEL:- Dejalo.

ROLANDO:- Váyase.

MIGUEL:- No, vos te vas.

ROLANDO:- Franz tiene que estar listo en un compás determinado.

MIGUEL:- Sé lo que hay que hacer.

ROLANDO:- (Abre la puerta.) Vuelvo. (Sale.)

MIGUEL:- Se olvidó los cepillos. Me va a tener que ayudar.

KRUPP:- ¿Qué tiene que hacer?

MIGUEL:- Voy a peinar a Franz y cepillarle la ropa.

KRUPP:- (Le señala la mano desatada.) ¿No se rasca?

MIGUEL:- Cuando estoy con Franz se detiene la picazón. Alcánceme los cepillos.

KRUPP:- ¿Qué cepillos?

MIGUEL:- Están guardados en un cajón, a mis espaldas.

KRUPP:- (Mira la pared que está detrás de Miguel.) ¿En cuál cajón?

MIGUEL.- El primero de los cajones del medio.

(Krupp se para frente a la pared, cubierta de puertas y cajones. Mira.)

MIGUEL:- Hay que tener cuidado antes de abrir una puerta. Y de los lobos hay que saber escaparse, no ir a buscarlos. Apúrese.

KRUPP.- El primero de los cajones del medio. (Abre ese cajón, y abre otros. Revisa sin hacer ruido. Encuentra un papel. Lo abre. Lo mira. Se lo guarda.) Dos cepillos. (Se los da a Miguel.)

MIGUEL:- Este es para el pelo, y este para la ropa. (Cepilla a Franz.) Franz tiene que estar impecable. Yo lo lavo también. Le saco la ropa, y le paso un trapo húmedo por todo el cuerpo.

KRUPP:- ¿Lo va a hacer?

MIGUEL:- Adelante suyo, no. En el baúl le brotan hongos sobre la piel. Deme el ungüento.

KRUPP:- ¿Se lo va a aplicar?

MIGUEL:- Lo quiero oler.

(Krupp abre el frasco, se lo acerca a Miguel por debajo de la capucha.)

MIGUEL:- Es fuerte. Póngaselo a Franz.

KRUPP:- ¿Cómo?

MIGUEL:- Los hongos también pican.

KRUPP:- ¿Al muñeco?

MIGUEL:- Lo que es bueno para Franz es bueno para mí. (Desabrocha el primer botón de la camisa de Franz. Deja su pecho al descubierto.)

KRUPP:- Está bien. (Mete los dedos en el ungüento. Se arrodilla frente a Franz, y se lo esparce sobre el pecho.)

FRANZ:- Saque esos dedos viejos de encima de mi pecho.

KRUPP:- ¿Qué?

FRANZ:- ¿Qué mira? Límpieme esa crema.

MIGUEL:- Hágale caso.

FRANZ:- Huele a muerto, doctor. ¡Salga de acá! ¡Váyase!

KRUPP:- ¿De dónde salía esa voz? ¿Quién hablaba? ¿Quién era el dueño de la voz de Franz? ¿Quién la había heredado? ¿Cuál de los dos hermanos era el nuevo Sr. Eck? Miguel Eck había heredado la voz de Franz. El don de hacerlo hablar. No Rolando, lo de Rolando era un fraude. Este era el esquema escénico del número de Franz. (Proyecta un dibujo. Rolando sentado sobre un baúl, sobre su rodilla Franz. Dentro del baúl está escondido Miguel.) Este es Rolando, este es Franz. Y este es Miguel, que hablaba desde adentro del baúl. Con la voz de Franz, Miguel cautivaba el público que acudía a verlo todas las noches.

A raíz de este incidente en el camarín, pude empezar a descifrar el legado del Sr. Eck a su hijo Miguel. A través de Franz, Miguel, como su padre iba a reunir a su alrededor a los niños, en la selva, a fascinarlos con esa voz, y obtener el favor de los niños. Eck cautivó a los niños, pero los niños también cautivaron a Eck, desde el momento de su llegada a este lugar. Eso Amelia lo sabía bien. Esos niños se habían interpuesto entre Amelia y Eck, hasta arrebatárselo definitivamente. Y en la madrugada de su partida, Eck hizo subir a su lancha a tres de ellos, dos niñas y un niño que eran sus preferidos, y partió con ellos río arriba. Amelia era abandonada, traicionada por Eck, a causa de esos niños, como había sido traicionada por Rolando, a causa de Aurelia.

(Saca un papel de su bolsillo.) Esta es el papel que encontré en el cajón del camarín de Miguel.

Una carta de Amelia a Miguel.

(Lee.) Querido Miguel: Te escribo estas palabras, que no me animo a decirte, y que hunden a mi alma en un ciego dolor. Miguel, yo abrí la puerta que me llevé

al abismo, pero esta caída nos arrastra a los dos. Tu hermano Rolando, y tu amada Aurelia, fundían sus pieles detrás de esa puerta. Este es el infierno que hermana nuestras almas. Miguel, mi hermano en al desprecio. Mi hermano en la venganza de esta traición.

Amelia

KRUPP:- El segundo elemento del legado recibido por Miguel, se relacionaba con Franz. Junto con la capacidad de dar vida al muñeco, Miguel recibía otros conocimientos secretos de su padre. Miguel a través de Franz iba a reunirse con los niños en la selva. Y gracias a Franz, iba a conseguir que los niños extrajeran los hongos de la profundidad de la selva. La materia prima para la destilación del elixir del Sr. Eck. Junto con los hongos, Miguel recibía esto. (Krupp proyecta páginas escritas a mano con listados de números.) Listados de números y formulaciones que a partir de este descubrimiento pude descifrar. Miguel había heredado la fórmula y el procedimiento de destilación del elixir del Sr. Eck. Miguel era el nuevo Sr. Eck. Estos son los pesos, los volúmenes y las temperaturas, que gobernaban este proceso. (Saca frascos de adentro de una valija.) Estos son los diferentes estadios de la transformación de la materia. (Muestra un frasco.) La materia prima, hongos y hierbas. (Muestra otro.) Primero, la fermentación. La materia prima era sumergida en agua durante tres días hasta la putrefacción. El proceso de putrefacción es un paso crucial, donde la materia muerta se corrompe. Esto me lleva a uno de los enigmas del caso. El cuerpo de Aurelia. Su cuerpo no había empezado el proceso natural de descomposición. Se conservaba igual. Sin presentar ningún signo de descomposición. (Muestra dos frascos.) El segundo paso es el filtrado. La separación entre la materia sólida putrefacta, y el líquido a destilar. (Se cae un frasco, se rompe. El líquido se derrama). Disculpen. (Krupp junta los vidrios.) La fase final era la destilación en el alambique. El fuego que purifica, y obliga a lo más grosero a morir en el fondo de una cuba, e impulsa a lo sutil a elevarse. Empecé a creer que había una relación entre el elixir del Sr. Eck, y el líquido que encontré en el cuerpo de Aurelia. (Se cae un segundo frasco, se rompe.) Es un minuto. (Krupp limpia y junta los vidrios.)

(Se enciende el grabador. Se escucha la voz de una joven, que dice, vuelvo. Krupp apaga el grabador.)

KRUPP:- Vamos a seguir. ¿Había relación entre la bebida, la piel y la muerte de Aurelia? Este es el último número. Participaba toda la compañía, en una especie de gran final. Cantaban todos una canción, Cabalga Franz.

(Rolando, Amelia, Miguel y Franz. Miguel con la capucha y las manos atadas. Franz vestido con pantalones de montar, botas, chaqueta, y sombrero de ala ancha. Está sentado sobre una piel, montada sobre un baúl alto, haciendo las veces de caballo. Franz canta, y los demás hacen el coro.)

FRANZ:- Fui creado para andar

para nunca detenerme
en el río navegar
a la selva ir a perderme
y en las estepas trotar.

CORO:- Cabalga
cabalga
cabalga Franz.

FRANZ:- Correr fuerte en la tormenta
el viento helado aspirar
o si hace un calor de infierno
montando en pelo me aferro
a la piel de mi alazán.

CORO:- Cabalga
cabalga
cabalga Franz.

FRANZ:- Ver como su pelo brilla
gozar de su suavidad
y conservar siempre suave
a la piel de mi alazán
hay que frotarla con grasa
con grasa de un animal
un animal recién muerto
por la piel de mi alazán.

(Franz saca de su bolsillo una pistola.)

CORO:- Cabalga
cabalga
cabalga Franz.

(Franz dispara al aire, una vez, y otra vez. Dos disparos sonoros.)

KRUPP:- Así terminaba el espectáculo, con los disparos de Franz sonando en el aire. ¿A qué se estaba refiriendo Franz en su canción. La piel, la grasa de los animales. En el cuaderno del Sr. Eck encontré un párrafo dedicado al tema. (Abre el cuaderno. Lee.) Instrucciones para la buena conservación de la piel. Eck explica, que para conservar la piel de los lobos era necesario frotarla una vez por semana con la grasa de un animal de sangre caliente. Grasa extraída de un animal recién muerto. De otra manera la piel se secaba, se resquebrajaba y se destruía. Y Eck quería que la piel se conservara como si los lobos estuvieran vivos. Esto nos lleva a las reuniones nocturnas que se realizaban los jueves en el río. Estas reuniones eran convocadas por el Sr. Eck. Comenzaban en un claro en

la selva. Eck iba vestido con la piel de los lobos, y se reunía en ese lugar con sus niños. En esa instancia de la reunión, tomaban todos un trago del elixir del Sr. Eck. El elixir generaba diversos efectos, por un lado, cambios, perturbaciones en el ánimo y en la percepción. Pero Eck también descubrió, que este elixir aumentaba su fuerza, la fuerza de sus manos, de sus dedos. Y Eck iba a necesitar de esa fuerza. Después de la ingesta, empezaban a marchar. Salían de la selva. Eck encabezaba la fila, vestido con la piel de los lobos, y atrás venían los niños, alineados. Yo los veía pasar, encerrado en mi casa, por una hendidura en mi persiana, fascinado por ese ejército exaltado, por cumplir con su misión. Una misión que yo desconocía, pero veía sus cuerpos, escuchaba los gritos, y trataba de imaginar, y me quitaba el sueño. Un acto de sangre, y de éxtasis. Al llegar al río, los niños traían a la víctima. Eck no aclaraba cuál era el animal que debía ser sacrificado. Y sujetaban al animal contra el suelo. En ese momento, Eck usaba la fuerza que le daba el elixir. Eck mataba al animal con sus manos. Y con sus dedos, que se convertían en garras, abría la piel del animal, y sacaba la grasa, caliente. Eck se sacaba la piel y la apoyaba en el piso. Los niños formaban un círculo alrededor de Eck, y rodeando a los niños, en un círculo estaban los lobos. Los lobos de Cernogratz, mirando la piel que Eck les había arrancado, mirando la nueva víctima que se habían cobrado, y a Eck, fuera de sí, frotando la piel con la grasa, para mantenerla, como si estuviera viva. Al finalizar, los niños tiraban al animal muerto, al río. El Sr. Eck abandonó todo una madrugada. Dejó también la piel, y con la piel, los lobos. Pero las reuniones en el río continuaron. Los veía pasar y escuchaba los alaridos. Encabezaba la fila un joven, vestido con la piel. Todos los jueves, hasta el día anterior a mi encuentro con Aurelia en el río. Esa noche no marcharon los niños. Recuerdo haber visto pasar, de lejos, al joven de la piel, junto con una joven. No los vi volver.

Volví al camarín de Miguel, durante el número de Franz, para asegurarme de que no hubiera nadie.

(Krupp en el camarín de Miguel.)

KRUPP:- Dejé la puerta entreabierta, para poder escuchar si alguien se acercaba. (Abre cajones y puertas de los armarios.) Encontré primero esto. (Muestra un frasco chico, con un líquido marrón.) El elixir del Sr. Eck. Era parecido al líquido que encontré en el estómago de Aurelia. La bebida que había tomado la última noche de su vida. Miguel la había invitado a participar de las reuniones. Pero esa noche no hubo niños. Ellos se encontraron en la selva, donde Miguel le hizo tomar el elixir. Los había visto pasar, camino al río, desde mi ventana. (Abre una puerta.) Después encontré esto. (Saca la piel de los lobos.) La piel de los lobos. Esta era la última parte del legado de su padre. Eck había arrancado las pieles enteras, y las había cosido con un hilo grueso.

(Krupp se prueba la piel. Observa el frasco. Lo abre.) Decidí probarlo. (Toma del líquido) Era amargo. Enseguida sentí mareo. (La puerta del camarín se cierra de un golpe. Se escucha el ruido de la llave que traba la puerta.) Quedé encerrado.

Empecé a sentir la fuerza en mis manos, la fuerza en mis dedos. De pronto percibí un movimiento en la piel, entre las costuras que unían a cada lobo. Y la respiración. El movimiento era cada vez mayor, como si se pelearan entre ellos por salir. Entonces sentí algo que se desprendía. Y saltaba. Una mancha negra. Pude distinguir los ojos, la cabeza, las garras. Un lobo. Se plantó frente a mí. Me mostró los dientes. Yo quería salir.

La piel volvió a sacudirse y saltó otro lobo que no me dejaba mover. (Golpea.) Y otro más. Salían de la piel, y se acercaban. Estaba rodeado como había estado Eck. Era la maldición de los lobos.

Como la enfermedad que habían hecho caer sobre Miguel después de la muerte de Aurelia. Sentí mis dedos fuertes, como garras de lobo. Tenía a los lobos encima. Golpeé la puerta con fuerza, y salí. No veía nada. Sentía que me hundía en cada escalón. Corría por los pasillos sin encontrar una salida. Cuando sentí algo que me agarraba fuerte del brazo, y me empujaba contra un telón.

(Las luces del escenario se encienden sobre Krupp, que está frente al micrófono.)

KRUPP:- Yo... Yo soy el Doctor Krupp.

(Se escucha la introducción de Volver, volver. Krupp intenta salir, pero alguien sostiene el telón para que no se abra. Vuelve al micrófono.)

KRUPP:- (Canta.) Este amor apasionado
Anda todo alborotado
Por volver
Voy camino a la locura
Y aunque todo me tortura
Sé perder
Nos dejamos hace tiempo
Pero sé llegó el momento
de perder
tú tenías mucha razón
le hago caso al corazón
y me muero por volver
Y volver, volver, volver
A tus brazos otra vez
Llegaré hasta donde estés
Y no sé perder, no sé perder
Quiero volver, volver...

(Se interrumpe la voz de Krupp por el micrófono. Se escucha la voz de Aurelia.)

VOZ:- Vuelvo. Vuelvo. Vuelvo al río.

(Aurelia cae de la camilla. Krupp la levanta. La sujeta con una correa de cuero.)

KRUPP:- Me encerré en mi laboratorio a analizar las últimas pruebas. Estudié la piel de los lobos. El pelo cubierto con la grasa de animal. Esos pelos eran iguales a los que yo había encontrado adheridos a la piel de Aurelia. Volví al cuerpo de Aurelia, a las marcas en su cuello, moradas, su piel lastimada. Recordé la fuerza en los dedos, la fuerza que daba el elixir. Y pude ver la mano de Miguel, apretando el cuello de Aurelia. Di por terminada la etapa de investigación. Me quedé esa noche en mi laboratorio. Se estaba preparando una tormenta. El aire se espesaba. Escuchaba el ruido de los alguaciles golpeando el vidrio de mi ventana. Asustados por lo que iba a venir. Pasé la noche en vela, revisando las pruebas del caso. Me detuve en el legado de Eck a sus hijos. Rolando, el mayor recibía el manejo burocrático de la compañía, mientras que Miguel, el menor, recibía su secreto. El menor recibía la primogenitura. ¿Por qué había sido así? Sólo Eck lo sabía. ¿Por qué Dios recibía los sacrificios de Abel y rechazaba los de Caín? Dios lo sabía. ¿Por qué el Dr. Krupp padre absolvía del castigo a mi hermano Fedor, sabiéndolo culpable, y hacía caer la vara sobre mí, sabiéndome inocente? Él era el juez. Las pruebas a mi favor que yo pudiera presentarle, eran algo insignificante ante la magnitud de su acción. Castigar la inocencia. Esa era su manera de generar el terror. Él era el trueno, la vara. Pasé esa noche entre las voces de dos muertos, que pugnaban por mi decisión. Aurelia, que gritaba venganza, y mi padre. Al final de esa noche, yo me iba a sentar en el sillón del juez. Iba a decidir cuál era el castigo, y sobre quién lo iba a aplicar. Decidí tener una última entrevista en mi laboratorio. La tormenta se había desatado. La lluvia era intensa, y los truenos sonaban para mí como un tambor de guerra. Logré que Rolando Eck, viniera hasta mi laboratorio, a pesar de su resistencia a hablar conmigo. Le ofrecí ver el cuerpo de Aurelia.

(El laboratorio. Krupp y Rolando. Rolando está mojado por la lluvia.)

ROLANDO:- No tenía que haber venido.

KRUPP:- Nadie lo obligó.

ROLANDO:- Cuando salí no llovía. En la mitad del camino escuché la explosión de un trueno, y se me vino encima una pared de agua.

KRUPP:- (Le da una toalla, y un trapo.) Séquese y límpiense los zapatos.

MIGUEL:- (Se seca.) ¿Dónde está el cuerpo?

KRUPP:- Siéntese.

ROLANDO:- Tengo cosas que hacer.

KRUPP:- Espere. No toque nada. (Sale. Rolando mira. Krupp vuelve a entrar vestido con guardapolvo.) Póngase esto. (Le da un guardapolvo doblado.)

ROLANDO:- ¿Hace falta?

KRUPP:- (Le da unos guantes.) Esto también. Para entrar en contacto con el cuerpo de Aurelia, hace falta.

(Rolando se pone el guardapolvo y los guantes.)

KRUPP:- Ahora sí. (Sala. Vuelve a entrar con el cuerpo de Aurelia sobre la camilla, cubierto con una sábana.) Acérquese. (Rolando se acerca. Quedan uno de cada lado de la camilla.) La voy a descubrir. (Levanta la sábana. Queda el cuerpo de Aurelia desnudo. Miran al cuerpo.)

ROLANDO:- Está igual.

KRUPP:- Todavía no empezó a descomponerse.

ROLANDO:- ¿La puedo tocar?

KRUPP:- Para eso tiene los guantes.

ROLANDO:- ¿Usted la toca?

KRUPP:- Tuve que estudiar su cuerpo.

ROLANDO:- Quiero estar con ella a solas.

KRUPP:- ¿Para qué?

ROLANDO:- Unos minutos.

KRUPP:- (Escucha un trueno.) Truenos. Son una señal. La tormenta que limpia el aire. El agua que revuelve el río. El fuego que purifica. Sé todo sobre usted.

ROLANDO:- ¿Cómo?

KRUPP:- Sé lo que hizo, y por qué lo hizo.

ROLANDO:- ¿Qué es lo que sabe?

KRUPP:- No intente ocultarme nada. No va a poder. Los conozco. Los estudié. Sé lo que llevan dentro. Cómicos. Disequé sus almas, como disequé cada especie de insecto de este lugar infernal. Va a ver de lo que soy capaz. (Despliega paneles con multitudes de insectos clavados con alfileres.) Mire. La clasificación final. El universo Krupp. Los cacé. Los abrí. No pueden ocultarme nada. Conozco sus agujones, y sus venenos. Y a usted, también.

ROLANDO:- ¿De qué habla?

KRUPP:- Conozco sus crímenes y sus motivos. Los celos hacia su hermano por el desprecio de su padre. Conozco su oscuridad y su veneno.

ROLANDO:- Usted está delirando.

KRUPP:- No me mire a los ojos. Entonces saqué mi pistola y lo maté. (Krupp dispara sobre Rolando. El cuerpo cae.) El ruido del trueno, y la vara en mi mano. Quise volver a oírlo. (Dispara dos veces más.)

Sentí que había cumplido con mi labor. Salí de mi casa con la pistola en la mano. Casi no llovía. Fui hasta el río. Que corría tumultuoso por el agua de lluvia. Oscuro como la sangre. El río donde empezó todo. El río Krupp.

(Krupp ordena los elementos. Trae un barril de metal. Prende fuego. Tira al fuego las pruebas. Las fotos, los frascos, la ropa. Agarra la piel. Abre el baúl de Franz, lo agarra. Lo vuelve a guardar. Sale, con la piel de los lobos y el baúl de Franz.)

Aurelia en la camilla.

AURELIA:- Vuelvo
Vuelvo al río
una vez más
a seguir errando
por el agua oscura
sé esperar
flotar
suspender en el tiempo
mi sed de venganza
Vuelvo al río
asesinada por el hombre que amé
vestido de lobo
cegado de furia
vuelvo
traicionada por el hombre
a quien confié
la venganza de mi muerte.
A los asesinos
a los traidores
tengan cuidado
tengan cuidado
yo vuelvo
emerjo
a pleno día

del agua oscura
liviana como el agua clara
furiosa
a transformar sus pieles
a destruir sus actos
a envenenar sus sueños.
Yo vuelvo
No hay ley
ni hay juez
ni hay clemencia
nunca los hombres serán clementes.

Pedro Sedlinsky. Correo electrónico: psedlinsky@ciudad.com.ar

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires. 2012

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar
Correo electrónico: correo@celcit.org.ar